

so Carrio de Valdez, que la trajo, y el capitán Alonso Magaña Padilla, la presentó en cabildo el procurador general de la ciudad de Mérida á veinte y cuatro de abril del dicho año de treinta y cinco, habiendo muerte el gobernador á diez de marzo antecedente. Obedeciöse y mandöse guardar como en ella se contiene, y en esta conformidad se pregonó en las partes públicas de la ciudad, tocándose trompetas á ocho del mayo siguiente. Despacháronse mandamientos por los pueblos de indios de los términos y jurisdicción de la ciudad, trasuntados en su idioma, que publicaron y pregonaron con la cédula, juntos y congregados los indios de cada pueblo, para que les constase la voluntad de su majestad, y lo mucho que desea su alivio y que sean bien tratados.

El consuelo que los indios tuvieron, y las alegrías que hicieron con la publicacion de esta cédula, fuéron como si el rey nuestro señor, que Dios guarde, con su real benignidad y clemencia los hubiera sacado de un duro cautiverio, y aun entre los españoles no fué pequeña el alegría. Duró solamente hasta el mes de junio siguiente, que vino gobernador interino proveido por el virey de la Nueva España que puso los jueces como hasta entónces habian estado, no obstante la publicacion tan reciente y solemne de la cédula, y aun aumentó los tratos y contratos con los indios mas que sus antecesores, y así han permanecido. Murió despues cierto gobernador, cuyos jueces habian hecho (segun se decia públicamente) exorbitantes agravios á los indios, de que los alcaldes que entraron en el gobierno hicieron gravísimas informaciones probándolos, y las remitieron al real consejo de las Indias. Llegó gobernador interino, y uno de los dos alcaldes que las habian hecho, fué el superintendente de todos los jueces que el nuevo gobernador puso, y por cuya mano corrieron todas sus agencias y tratos, que fuéron los mas excesivos y gravosos

para los indios que se han visto en esta tierra, estando entónces mas miserables y desdichados que nunca. Año de seiscientos diez de la fundacion de Roma, habiendo sido nombrados cónsules Servilio Sulpicio Galba, y Lucio Aurelio Cotta, cada uno de ellos queria el gobierno de España por lo mucho que en él interesaban. No resolviéndose el senado en cuál de los dos iria á gobernarla, y preguntado Scipion qué le parecia sobre el caso. Respondió que ni el uno ni el otro convenia para el gobierno. *El uno (dijo) no tiene nada: al otro nada le basta.* Teniendo por igual inconveniente la pobreza y la avaricia. Porque la pobreza (dice el padre Juan de Mariana en su historia de España refiriendo este suceso) casi pone en necesidad de hacer agravios. La codicia trae consigo voluntad determinada de hacer mal. Y así enviaron al pretor Popilio al gobierno de España.

CAPITULO CATORCE.

Vida del venerable padre Fr. Juan de Orbita, y algunos casos de ella maravillosos.

En la oracion del oficio y misa de nuestro scráfico padre S. Francisco, se dice por excelencia que por sus méritos la Majestad Divina aumenta su iglesia católica con nuevos partos de espirituales hijos, que mediante la observancia de nuestra apostólica regla, para gloria suya y honra nuestra, cada dia nos pone á la vista. La experiencia de esta verdad se nos manifiesta en la virtud y santidad del venerable padre Fr. Juan de Orbita, con que nuestro Señor ha honrado esta provincia de S. José de Yucatan, dándosele por bi-

jo en nuestros tiempos, para que con tan grande ejemplo sigamos el camino de la perfeccion evangélica.

Fué el padre Fr. Juan de Orbita natural de tierra de Arcila en España (no he hallado quien sepa los nombres de sus padres,) y crióle desde su niñez en la villa de Torrijos (reino de Toledo) un clérigo de santa vida tio suyo. Así desde sus primeros años fué ejercitado en virtudes, como á quien tenia la Divina Majestad predeterminado para tan gran siervo suyo. Dió desde entónces señales de ello con su compostura, honestidad, hablando siempre verdad, frecuente en los sacramentos, continuo en sus devociones, ayunos y penitencias, trayendo un áspero cilicio de hierro con puas á trechos, para mayor mortificacion de su tierna carne, y dando que admirar á los que le conocian, y motivo de gracias á Dios nuestro Señor, que es admirable en sus santos. Prevenido en la niñez con tanta fortaleza de la divina gracia, le llamó el Señor á nuestra religion, ántes que los engaños del mundo pervirtiesen su inocencia, y recibió el hábito en el convento de Esperanza la real de Ocaña, en la santa provincia de Castilla. Desde luego se conoció su virtud y ser su vocacion guiada del Altísimo, porque á los tiempos de la oracion mental, que la religion tiene asignada (y en especial á los novicios,) aumentó para su espiritual ejercicio otro tanto. Las disciplinas tres veces mas, la aspereza de cilicio con la mudanza del nuevo estado y crecimiento en la edad fué mayor, y así las demas virtudes y mortificaciones con que se veia mas imitable en él, que necesario de espiritual enseñanza. Así desde novicio cobró opinion de santo entre los religiosos, y habiendo profesado, con ser tan jōven, que no tenia mas edad que diez y ocho años, era estimado en la provincia, llevando tras sí la atencion de todos, advirtiéndole lo que hablaba y hacia, porque en ello se hallaba motivo de edificacion y de dar gracias á la Ma-

jestad Divina. Dice el padre Fuensalida en la relacion (que he dicho me dió escrita de la entrada que los dos hicieron á los itzaes) que era tan hermoso de rostro que la gente de Ocaña le llamaba el niño Jesus, y que luego que profesó, el guardian le hizo limosnero del convento, y con ser tan mancebo le enviaba á pedir limosna por los pueblos de la guardiánia, en cuya expedicion, como otro S. Diego, repartia muchas limosnas á los pobres, y que Dios se lo aumentaba llevando al convento mas que otros limosneros habian llevado.

Habiendo yá tres años que era religioso, vivia en el convento de Ocaña, y solicitando el padre Fr. Dionisio Guerrero, el año de mil seiscientos y quince, religiosos para esta provincia que ayudasen en la administracion de los naturales, el bendito padre Orbita, movido en celo del bien de las almas, pasó á ella en compañía de otros grandes ministros que en aquella mision vinieron. Luego que llegó aprendió el idioma de los indios, que supo con toda perfeccion, y se dió á la predicacion evangélica con grande espíritu, moviendo á muchos á seguirle, y edificando á todos, en especial despues que fué ordenado de sacerdote, porque aun era corista cuando entró en esta provincia. Ocupado en este santo ejercicio estuvo hasta el año de seiscientos diez y ocho, en que con el padre Fr. Bartolomé de Fuensalida entró á los itzaes descando convertirlos á nuestra santa fé, como se dijo en el libro nono, y no habiendo conseguido el fin de su deseo, se volvieron á la provincia á ocuparse en la manutencion de los yucatecos.

Aunque de aquel viaje sacó tan poco fruto, no desmayó su espíritu, y yá que á la parte oriental de los itzaes salió su entrada en vano, hizo otra al occidente por los montes y serranías de Champoton y Sahcabchen en busca de indios montaraces, que fugitivos de

mucho tiempo, habian multiplicado en número crecido. Los mas ó todos eran infieles, muertos yá los primeros que se huyeron de entre los católicos despues de bautizados, por vivir á la anchura y libertad de sus apetitos. Pasó el bendito padre en este viaje muchos trabajos y aun peligros de la vida en lagunas y ciénegas que le llegaban á la cintura; y lo que los españoles que iban con él apénas podian pasar en buenos caballos, lo andaba á pié y descalzo, atravesando lagunas, rios muy crecidos y ciénegas pantanosas, sin verle nunca mojado, con que creian que su ángel custodio le pasaba librándole de aquellos peligros. Su mantenimiento en este viaje por aquellos montes era maiz tostado, y á veces las frutas silvestres que en ellos se hallaban. Dormia en aquellos campos sin ropa ni albergue alguno, y con esto estaba mas sano, fuerte y robusto que los demas que se sustentaban con mejores mantenimientos. Con estos trabajos y santo celo sacó muchos indios de aquellos montes, á los cuales catequizó, bautizó y pobló en Sahcabchen y Champoton.

Vuelto de esta santa peregrinacion, con su fervoroso espíritu se ocupaba en la administracion de los Santos Sacramentos y predicacion evangélica de estos naturales. Andaba siempre á pié, cosa que es raro el español que en esta tierra puede tolerar por ser tan calurosa y pedregosos los caminos. Por esto entre los indios le llamaban Ahkiu ximbal tiyoc, que es el sacerdote que anda á pié. Como los predicaba tan continuamente con ferviente espíritu, y conocian que los amaba tan de corazon no siéndoles penoso en cosa alguna, le estimaban y reverenciaban, llamándole santo. Sucediéronle cosas muy dignas de memoria en el caminar á pié. Salió una vez de la ciudad de Mérida para la villa de Campeche (distante como se ha dicho treinta y seis léguas) despues de algunos seglares que iban á ella. Alcanzólos en el camino, y pareciéndoles que iba fatigado, le convidaron

con sus mulas. Respondióles riéndose: Vamos, que no voy cansado. Con esto dejándole atras á su parecer, prosiguieron su camino. De allí á dos dias encontraron á otros españoles que venian de Campeche, y en la conversacion que tuvieron les dijeron cómo dejaban dos jornadas hácia Mérida al santo Orbita, que así le llamaban todos. ¿Cómo puede quedar allá, replicaron los que venian para la ciudad, que ayer entró en Campeche, y le hablamos nosotros, y allá queda? Cuando llegaron hallaron ser cierto así, y que el dia que salió de la ciudad de Mérida, llegó á Campeche. Muchas veces caminaba ocho y diez léguas, y despues decia misa, y sin desayunarse pasaba adelante, y caminaba otras diez y mas, llegando ántes del medio dia donde habia de comer. Esto lo afirmaban muchos religiosos españoles y indios, siendo comun admiracion de todos ver lo que el bendito padre andaba con su manto puesto al hombro, el breviario en la manga y un coco con vino para poder decir misa en cualquier pueblo que llegaba, y para esto llevaba su hostiario. Lo ordinario los dias de fiesta era decirla en uno, y predicar á los indios, habiéndoles yá administrado los demas Sacramentos de que necesitaban, y con el cáliz en la mano, y un indizuelo que le acompañaba, iba tres, cuatro y á veces seis léguas á otro pueblo, donde decia segunda misa. Predicaba tambien á los indios de él, y les administraba los demas Sacramentos, acabando siempre muy temprano.

Salió en una ocasion de un pueblo para otro, distante tres léguas, y á poco espacio le dijo al indio que le acompañaba: Siéntate, hijo, que voy á una necesidad. Apartóse del camino, entrándose un poco al monte, y pareciéndole al indio que tardaba mas tiempo del que juzgó necesario, le dió gana de ir á ver qué hacia, ó si se habia dormido. Fué con mucho tiento, porque no le sintiese, y vió al siervo de Dios como si estuviera

de rodillas en tierra, las manos juntas, los ojos elevados al cielo, y el cuerpo levantado de la tierra á su parecer una vara. Causóle gran miedo al indio, ignorando fuese beneficio divino tan crecido, y volvióse de presto á su lugar donde le habia dejado. A poco rato como se sentó á esperarle salió del monte, y le dijo: vamos, hijo. Caminaron el tiempo en que se puede decir un credo, cuando se hallaron en la cruz del otro pueblo donde iban. Así dice el padre Lizana en su devocionario que se lo afirmó el mismo indio, y que era de mucha razon, y que no sabia cómo hubiese sido: solo referia el suceso como se ha escrito. Y muchos indios certificaban haber averiguado que á la hora que salió llegó al otro pueblo donde iba.

Siendo morador del convento de Maní, iba al pueblo Zaan, que es sujeto y visita de aquella cabecera, para decir misa en él. Habiendo salido al camino, amenazó una gran tempestad, y alcanzándole algunos españoles y indios, y entre éstos la mujer del cacique que iba á otro pueblo con su gente en caballos, temiendo la tempestad le dijeron: padre, sube en un caballo de estos, que es grande la tempestad que amenaza. El bendito varon se lo agradeció, y les dijo que se fuesen con presteza por el peligro, que él confiaba en Dios que le guardaria. Hizo como que se detenía para que todos pasasen. Prosiguieron su camino, y el agua, truenos y rayos fuéron de suerte, que entendieron perecer todos en él, y sentian mucho lo que podria haber sucedido al santo varon, y cuál vendria. Llegaron al pueblo de Zaan, y con aquel cuidado preguntaron qué orden habria para ir á socorrerle. Oyólo un indio sacristan, que les dijo: ¿qué os afligis? Ahora llegó el padre y no viene mojado, ni aun el pié, ni el indio que viene con él. ¿Qué decis, le dijo el cacique? Y el sacristan respondió: si vas á la iglesia, verás que lo que digo es verdad. Fué el cacique con los principales y españoles, y hallaron al siervo de nuestro

Señor rezando ante el altar, enjuto su hábito, y como si no hubiera pasado tal temporal, con que alabaron á Dios nuestro Señor, y lo publicaron por toda la tierra, teniéndolo por caso milagroso. Cosas prodigiosas le sucedieron en los caminos que andaba, bien notorias á todos estados de personas, de que se pudiera escribir mucho: basten las referidas porque va creciendo este volúmen, y pasemos á otras cosas.

CAPITULO QUINCE.

De otras cosas milagrosas de este bendito religioso, y de sus virtudes.

Siendo el bendito padre Fr. Juan de Orbita guardian del convento de Zahcabchen, que es el último de esta provincia en sus montañas al occidente, y donde habia muchos indios de los que se dijo en el capítulo antecedente que redujo y bautizó; y vieron los de aquel pueblo un dia como á las diez de la mañana tanto fuego y resplandor sobre la iglesia y convento, que juzgaron que se abrasaba. Acudieron con gran presteza á socorrer el peligro del incendio, por ser todo cubierto de paja, y aun hasta las indias fuéron temiéndolo. Habiendo llegado, viendo que no ardia sino que de la celda donde el santo estaba salia mucha luz. Acercáronse, y viéronle levantado del suelo mas de tres varas, los brazos abiertos en forma de cruz, su rostro elevado al cielo, y que de él salia toda aquella claridad. Viendo esta maravilla salieron fuera, y dijeron lo que habian visto, y así todo el pueblo concurrió á verlo. Aguardaron los indios lo que de aquello resultaba, y

despues de mas de dos horas volvió del rapto y ex-tásis, y la claridad que habia sido patente á todos cesó como á las doce y media del dia. Llegaron entón-ces los indios á hablarle, y díjoles: ¿Qué quereis, hijos? Y ellos respondieron que venian á ver si necesitaba de alguna cosa. Agradecióselo, y dijo que no, que se fuesen con Dios. Fuéronse, teniéndole desde entón-ces mayor veneracion como habian visto una maravilla tan grande.

Como yá le reverenciaban por santo, acudian á él en sus aficciones y desconsuelos. Tenia una india de aquel pueblo un hijuelo de edad de dos años, que enferman-do llegó al último peligro de la vida. Viéndole tan cer-cano á la muerte, cogióle en sus brazos para llevarle al santo varon que le dijese un evangelio, creyendo que con esto sanaria su hijo. Llevándole fué nuestro Se-ñor servido que el niño muriese en los brazos de la madre, con que fué mayor su afliccion, y comenzó á llorar, llegando de aquella suerte á la presencia del san-to varon. Preguntóle á la afligida india, ¿qué tienes, hi-ja, que tan amargamente lloras? Dijo la india: Padre, traíate mi hijo enfermo para que le dijese un evange-lio, y se me murió en la calle entre mis brazos. Mí-rale ya difunto, y que no tengo otro, y le queria mu-cho. Díjole: confía, hija, en el Señor, que lo es de la vida, y puede darla á tu hijo, aunque dices que es muerto. ¿Tienes fé de esto que te digo? Respondió la india: sí, padre. Y él la dijo: pues ponte de rodillas en tierra y le diré un evangelio. Hízolo así la india, y habiéndole dicho sobre el niño, al punto abrió los ojos, y no solo quedó vivo, pero del todo sano y mas lindo que ántes. Salió la india tan admirada como con-tenta, y publicó el milagro comprobándole con la salud repentina de su hijo, y todos los indios se admiraban, aumentándose el respecto con que al bendito padre ve-neraban. Presentóseme á la memoria, leyendo esto, el

coloquio de Cristo vida nuestra con Sta. Marta, cuando resucitó á Lázaro, habiendo permitido que fuese sepul-tado primero para manifestar mas su divina potencia y ejercitar la fé de Marta. Así ahora permitió la muer-te de este niño, para que la madre ejercitase la fé, la maravilla fuese mas grande, y la manifestacion de cuán acepto le era este su siervo, mas notoria.

Si la conversion de un pecador es motivo de gozo para los ángeles, como dijo en el evangelio Cristo Se-ñor nuestro. Y la mayor maravilla es inmutar su áni-mo, disponiéndole para que reciba las afluencias de la Misericordia Divina, como dijo S. Juan Crisóstomo: muy grandes las ocasionó el bendito padre Fr. Juan de Orbita en el dicho pueblo de Zahcabchen. Para que mejor se entienda, se debe notar que los indios que por su desdicha en esta tierra están inficionados con la ido-latría, aunque los quemen no manifestarán sus ídolos, ni dirán dónde les hacen oracion y sacrificios, sino es que otros los descubran, queriéndolo Dios, para que tan grave mal se remedie. Habia en el pueblo de Zahcab-chen muchos indios idólatras, que recién convertidos y bautizados yá adultos, no acababan de olvidar sus antiguos errores. Como el bendito padre Orbita les predicaba tan continuamente, y experimentaban en él una vida de tan perfecta caridad de amor de Dios y del prójimo; movidos de la santidad de su ministro, obrando en ellos la Divina Misericordia, se le descubrie-ron voluntariamente, y manifestaron mas de treinta tem-plos ó altares de ídolos que tenían en el mismo pueblo. Guiándole adonde estaban, le entregaron los ídolos, y le a-yudaron á quebrantarlos y deshacer los adoratorios. Pidie-ron perdon de su culpa, y misericordia, reconciliándose con la iglesia por medio de la absolucion y saludable penitencia.

No basta el cuidado que se dijo en el libro cuar-to que hay para que en enfermando algun indio se

de cuenta á su doctrinero, para que necesitando le administre los Sacramentos. En el pueblo que los españoles llaman la Seiba, enfermó un indio. Enviáronsele á decir al bendito religioso, que estaba en el convento de Champoton, en ocasion que estaba con él un español, el cual hizo grande instancia para que le dejase ir con él al pueblo donde estaba él enfermo. Salieron los dos á la playa, y vieron venir una canoa que acababa de salir del pueblo de la Seiba, adonde habian de ir. Volviéndose el santo religioso al español le dijo: en aquella canoa traen al indio á quien habia de administrar los Santos Sacramentos: viene yá difunto, y lo estaba cuando me vinieron á llamar. Llegaron despues los indios con la canoa, y dijeron cómo trayendo aquel á que le sacramentase, se les habia muerto en el camino. Rependiólos el santo varon con severidad por la mentira que decian, y mandólos salir de la canoa. Quedando solo, se levantó el cuerpo difunto, viéndolo el español y los indios, y estuvo confesando gran rato con el bendito padre, y despues volvió á descansar en el Señor, como se puede entender, pues usó con él esta misericordia. Despues sepultaron el cuerpo difunto.

No solo presente, pero aun ausente, obraba nuestro Señor maravillas por este su siervo. Pedro de Aviles, persona principal de la ciudad de Mérida, era muy devoto de este santo varon, y certificó que yendo á cierto empleo á la ciudad de Cartagena en estos reinos le rogó que le encomendase á Dios, para que le diese buen viaje, y le librase de los peligros de la mar y corsarios trayendole con bien á su casa. Respóndiolo: Vaya muy confiado en la misericordia divina, que yo espero en ella le sucederá prosperamente librándole de muchos peligros, y su hacienda de que lleva el empleo valdrá bien cuando llegue. Fué el seglar muy consolado con lo que le dijo, y experimentó ser así, porque habiendo corrido tormenta no perdieron cosa alguna, y llegaron á salvamento. Vendió

muy bien lo que llevaba, y dando vuelta á esta tierra le siguió un pirata lo mas del viaje, y pareciéndole siempre que yá les daba caza nunca los alcanzó. Certificó tambien el Pedro de Aviles que nunca se le quitaba del pensamiento el santo Orbita (que así llamaba) y que parece que le veia. Con esto llegaron al puerto de Campeche, siempre siguiéndoles el corsario, y dieron gracias á Dios viéndose yá seguros en el puerto. Salió á tierra, y apénas puso los pies en la playa cuando llegó el padre Orbita á darle la bienvenida. Besóle el hombre el hábito, y le dijo lo que le habia sucedido y que le daba gracias por ello. Replicóle: al Señor se den que quede con V. merced. Y el hombre le dijo: Yo iré en desembarcando la ropa á ver á V. paternidad; y así lo hizo. Llegó al convento, y preguntando por el padre Orbita le dijeron: Señor, no está aquí; y á mas de ocho meses que no ha venido é Campeche. El dijo á los religiosos: Padres, yo le hablé en la playa habrá tres horas; pero los padres le dijeron que no habian visto al santo Orbita. Fuése el Pedro de Aviles confuso á la villa, y preguntó si habian visto al santo Orbita. No hubo quien le hubiese visto, pero sí quien le dijese que quedaba en la tierra adentro mas de cuarenta léguas de allí. Túvolo por milagro, y hallándose despues á su entierro, dice el padre Lizana que en su presencia lo refirió, y que dijo que lo juraria, y que daria toda su hacienda para que se hiciese averiguacion de ello y de otras muchas maravillas que habia oido y visto. Era muy continuo en la oracion, ocupando en ella lo mas de la noche y á veces toda. De dia solamente faltaba para cumplir lo que le mandaba la obediencia, á que estuvo siempre prontísimo, sin que dijese que no, ó que estaba cansado, ocupado ó achacoso, á cosa alguna que se le mandase. Parecia sobre las fuerzas humanas el perpétuo cilicio de hierro que trajo pegado á las carnes, las rigurosas disciplinas,

abstinencia grande en comer y beber, pues nunca bebió chocolate ni otra alguna bebida (que son raros los que sin ellas pueden pasar en estos reinos,) no desayunándose hasta la comida del medio dia. Cuando iba á decir misa á los pueblos anexos ó visitas, la comida que le daban la repartía á los indios del servicio de la iglesia y á los pobres que se juntan en sabiendo que está allí religioso, y mientras la comian estaba en la iglesia en oracion. Pacientísimo en los trabajos, conforme con la disposicion divina en las adversidades, que nunca se le oyó palabra de queja ó impaciencia. A todo decia: sea por amor de Dios nuestro Señor. Con ser los calores de esta tierra tan grandes, nunca se quitó el hábito, ni aun la capilla, para dormir, que es una de las grandes penitencias y mortificaciones que un religioso puede hacer. Aunque de todos era muy estimado, sentia de sí con humildad profunda. Amó la pureza de la castidad en tan superior grado, que murió vírgen en el cuerpo y alma, y su gran honestidad en acciones y palabras daban de ello claro testimonio. Fué pobre verdaderamente evangélico, guardando la pureza de nuestra regla en este artículo á la letra, cuya alteza de perfeccion tienen tantas veces declarada los sumos pontífices.

Recien fundado el convento de la recoleccion, le mandó la obediencia ser morador de él. Obedeció sin replicar, aunque sentia le pusiesen allí por no tener administracion de indios, pareciéndole que entre ellos servia á Dios aprovechando á sí y á los prójimos, y en la recoleccion solo trabajaria para sí. Habiendo obedecido, satisfizo nuestro Señor su buen deseo, porque halló muchos pobres de los arrabales necesitados de socorro espiritual, que allí recurrian. Muchos indios naborios y de los pueblos que están en contorno de la ciudad, como barrios arrabales de ella, que iban á gozar de su santa doctrina, con que se consoló mucho, y trabajaba con aquella gente en gran provecho de sus almas. Como

los ciudadanos tenian de él tan gran concepto, que siempre que le nombraban era diciendo el santo Orbita, les era de grandísimo consuelo tenerle en la ciudad de Mérida. Todos recurrian á él en sus aficciones, necesidades, y á pedirle consejo en las dificultades que se les ofrecian. Cuando alguno le veia entrar por su casa lo tenia por favor especial que Dios le hacia. Los enfermos á quien visitaba, decia un evangelio ó daba su bendicion, se juzgaban yá sanos: tantas eran las mercedes que esperaban de la divina clemencia por los méritos de este bendito religioso.

CAPITULO DIEZ Y SEIS.

De la muerte del santo padre Orbita, y lo que en ella sucedió, y de otros tres religiosos.

La Providencia Divina que dispone las cosas como mas conviene, le sacó de esta presente vida al bendito padre Fr. Juan de Orbita, cuando todos entendian gozar de él muchos años, por estar en lo mas florido de los de su vida. Vieron esta luz evangélica apagada al mundo, para que luciese en perpétua eternidad con muchos grados de gloria, que piadosamente entendemos corresponden á los de sus grandes virtudes. Estaba con tanta salud, que (como suele decirse) podia darla á otros, y esto fué una de las cosas que admiraron de su vida, que en viajes tan trabajosos, con tan poco comer, menos dormir, mucho trabajar, caminar siempre á pié, continuo y áspero cilicio, y tan graves disciplinas y mortificaciones, tenia siempre el rostro lleno, la salud entera, dispuesta para todo trabajo corporal, una boca de